

No; ni los ojos ni el cutis, á pesar de su blancura y suavidad, revelaban pureza.

Aquella tez, demasiado aristocrática, trasparente y con un singular brillo, parecia tan hermosa que hacia dudar fuese efecto de salud.

La enorme corbata ajustada que él solo usaba entonces, hizo dijieran sus enemigos, tal vez sin motivo, que ocultaba tumores frios.

Puede decirse que el cuello parecia haberse suprimido, y hacia un efecto más extraño aun, porque el talle largo no indicaba lo corto del cuello.

Tenia la frente estrecha y la cabeza como un poco aplastada, de modo que sin tener muy largos los cabellos le tocaban casi en los ojos.

Pero lo más extraño era aquel aire automático que solo tenia él. Robespierre, comparado con San Justo, no era nada, y sin embargo, el aspecto de Robespierre, que le hacia asemejarse á un autó-mata, es proverbial.

¿Era efecto de una singularidad física, de un orgullo desmedido ó de una dignidad estudiada?

Lo cierto es que intimidaba más bien que le ponía en ridículo.

Se comprendía que un sér tan inflexible en sus movimientos debia serlo tambien en su corazon.

Por eso al pasar en su discurso de la Gironda al rey Luis XVI, se volvió rígido hácia la derecha y le dirigió con su palabra, su dura y mortífera mirada, que á todos causó un frio parecido al del acero.

Luis XVI fué condenado á muerte, sin apelacion, por una mayoría de treinta y cuatro votos.

Jacobo Meroy dió el suyo del modo siguiente:

—No puedo desconocer la culpabilidad de Luis XVI; pero enemigo, como médico, de la muerte, voto por la prision perpétua.

Acababa de pronunciar dos sentencias: la suya y la de Luis XVI.

XX.

La ejecucion.

El resultado de todo lo que acabamos de escribir es que Luis XVI fué condenado porque *era un peligro nacional*.

La Francia, que debia vivir y prosperar con su muerte y deramar sobre otras naciones el gérmen de la revolucion, murió con él y por él.

Lo que particularmente querian hacer desaparecer con el rey era *la usurpacion de un pueblo por un hombre*.

El breton Lanjuinais ha dicho: *Hay conspiraciones santas*.

Las conspiraciones santas son *las que devuelven el derecho, la expulsion de los intrusos y el regreso del verdadero dueño á su casa*.

Los verdaderos regicidas no son Traseas, y los cómplices que asesinaron á Calígula fueron los aduladores, que le persuadieron que era un Dios.

El rey escuchó con tranquilidad la lectura que de su sentencia le hizo en el Temple el ministro de Justicia.

Una extraña coincidencia casi providencial le habia puesto frente á frente con su muerte.

Richelieu, el cortesano por excelencia, habia adquirido á peso de oro, para obsequiar á Juana Du-Barry, el retrato de Carlos I, hecho por Van-Dick.

¿Qué relacion existia entre Mad. Du-Barry, el rey de Inglaterra y el pintor flamenco?

Preciso era ser un cortesano muy astuto para encontrarla.

El jóven paje que tiene las bridas del caballo era otro retrato: el del paje favorito de Carlos I, y se llamaba Bary.

Se trataba de hacer creer á Mad. Du-Barry que era un antepasado de su marido.

No hubo dificultad: la infeliz criatura creia todo lo que se queria.

Sus habitaciones estaban situadas en las bohardillas de Versailles: olocó el cuadro contra la pared y justamente llegaba al techo.

El Sr. de Richelieu la habia instruido con respecto á Cárlos I.

Cuando Luis XV subia á verla, le hacia sentar en el sofá colocado enfrente del retrato, y le decia:

—Mira, Francia, á ese rey le cortaron la cabeza por no haberse atrevido á luchar con el Parlamento.

Murió Luis XV. Juana Du-Barry salió desterrada, y la obra maestra de Van-Dick permaneció en las bohardillas de Versailles.

Llegaron las jornadas del 5 y 6 de Octubre, y Luis XVI y su familia fueron conducidos á París.

Las Tullerías, deshabitadas hacia largo tiempo, estaban casi desamuebladas, y se llevaron muebles y cuadros de Versailles.

Las habitaciones de los favoritos dieron su contingente.

Al entrar Luis XVI en su dormitorio, se encontró con el retrato de Cárlos I.

El rey miró en aquella casualidad un aviso de la Providencia, y desde aquel dia pensó en la muerte.

La víspera de la ejecucion durmió profundamente, despertándose al amanecer: oyó misa de rodillas y rehusó ver á la reina, á quien habia ofrecido la víspera dar un último adiós, temiendo enternecerse demasiado.

A las ocho salió de su gabinete y entró en el dormitorio en donde le aguardaba la tropa.

Todos tenían puesto el sombrero.

—Mi sombrero; dijo Luis XVI.

Clery se lo presentó y se cubrió, añadiendo:

—Clery, aquí está mi anillo de boda: se lo entregareis á mi esposa, diciéndola que me separo de ella con mucha pena.

Después, sacando su sello del bolsillo, repuso:

—Esto, para mi hijo.

En el sello estaban grabadas las armas de Francia.

Segun las tradiciones reales, le trasmitia el trono.

Se acercó á un hombre del Ayuntamiento, llamado Jacobo Roux.

—¿Quereis recibir mi testamento? preguntó.

El hombre retrocedió.

—No he venido aquí sino para conducirlos al cadalso.

—Dádmelo, dijo otro; yo me encargaré de él.

—Señor, tomad el paletot; dijo Clery.

Hizo seña que no.

Tenia frac de color oscuro, calzon negro, media blanca y chaleco de moleton blanco.

En el fondo del carruaje le esperaba su confesor, el abad Edgeworth, irlandés, discípulo de los jesuitas de Tolosa, sacerdote no juramentado.

Subió y se sentó á su lado. Dos gendarmes subieron detrás y tomaron asiento enfrente.

El rey llevaba en la mano un libro de misa y se puso á leer los salmos.

El carruaje era uno de los suyos.

Las calles estaban casi desiertas y cerradas las puertas y ventanas; nadie aparecia ni aun detrás de los cristales.

Parecia un necrópolo.

Solo en la Plaza de la Revolucion se agitaba París.

Eran las diez y diez minutos cuando se detuvo el carruaje enfrente del puente Tournant.

Los comisionados del Ayuntamiento estaban bajo las columnas del guarda-mueble.

Estaban encargados de asistir á la ejecucion y sacar el acta de ejecucion.

Una doble fila de cañones, situados en rededor de la guillotina, amenazaba á los espectadores por los tres costados, dejando entre los afustes y la plataforma un gran espacio vacío.

Por todas partes se veian soldados, porque se habia tratado de formar una conspiracion para salvar al prisionero.

Gracias á la doble fila de tropas que rodeaban el cadalso y que se abrieron para dejar pasar al sentenciado, los espectadores más

cercanos quedaban á treinta pasos de distancia. Aquellos soldados eran federales y se habian escogido los mas exaltados.

Enfrente de la guillotina, volviendo la espalda por consiguiente al puente de Luis XV, se veian veinte tambores y cajas.

El carruaje se detuvo á algunos pasos de las escaleras que conducian á la plataforma.

El rey recomendó imperiosamente su confesor á los dos gendarmes que le acompañaban en el carruaje.

Despues bajó con firmeza, y su confesor le siguió.

Cuando los ayudantes del verdugo se presentaron para desnudarle dió un paso atrás y arrojó al suelo el frac, el chaleco y la corbata.

Entonces, al pié de las escaleras, tuvo lugar una corta lucha.

Querian atarle con cuerdas las manos.

Pero Sanson se adelantó: como le habia dicho á Jacobo Merey, era un antiguo servidor del trono.

Viendo que el rey no consentia que le ligaran las manos con cuerdas, sacó de su bolsillo un pañuelo de fina batista, y con la humildad de un ayuda de cámara, le dijo:

—Señor, con un pañuelo.

Aquella palabra *señor*, que hacia tan largo tiempo que Luis XVI no escuchaba sino en boca de su defensor Malesherbes, que aun en la Convencion jamás le dió otro nombre, le conmovió profundamente. Tendió las dos manos y se las dejó atar con el pañuelo.

El padre Edgeworth se acercó á él y le dijo:

—Sufrid este ultraje como última semejanza con ese Dios que va á ser vuestra recompensa.

Pero ya el rey habia tendido sus dos manos, y al tenderlas aceptaba la comparacion entre Jesucristo y él.

—Beberé el cáliz hasta las heces, exclamó.

Para subir las escaleras tuvo que apoyarse en el confesor, porque eran muy pendientes para que pudiera subirlas sin apoyo.

En el último escalon se apoderó de él una especie de vértigo; se lanzó al extremo de la plataforma y gritó:

—Franceses, muero inocente del crimen que se me imputa. Perdono.....

En aquel momento Henriot hizo una seña, y los veinte tambores tocaron á la par, ahogando con su redoble la voz del rey.

Luis XVI se puso rojo, dió con el pié en el suelo, y gritó con voz terrible:

—¡Callad!

Pero los tambores continuaron redoblando.

—¡Soy perdido, repuso el rey, soy perdido!

Y se entregó al verdugo.

Pero ínterin le ponian las cinchas, continuó diciendo:

—Muero inocente; perdono á mis enemigos. Deseo que mi sangre apague la cólera de Dios.

Los tambores seguian redoblando y ahogando la voz del rey, hasta que cayó su cabeza.

El criado del verdugo la tomó y se la enseñó al pueblo. Sanson, apoyado en la guillotina, estaba medio desmayado.

Durante los cortos segundos que el verdugo sostuvo la cabeza y la enseñó al pueblo, el pintor Greuze, que estaba allí y que con frecuencia habia visto al rey, sacó un terrible retrato de aquella cabeza separada del tronco.

El cuerpo fué trasportado en un cesto al cementerio de la Magdalena y sumergido en cal viva.

Entre tanto los federales habian roto las filas para empapar en la sangre sus bayonetas.

El pueblo se precipitó á su vez, acabó de dispersarlos, y entonces, fuera ódio, fuera sentimiento, cada cual quiso poseer sangre del rey; unos empaparon sus pañuelos, otros las mangas de las camisas, y algunos, por último, pedazos de papel.

Se escucharon algunos gritos de perdon.

Para muchas personas fué terrible la sensacion que les produjo aquella muerte; para otras fué mortal.

Un peluquero se degolló con una navaja de afeitar; una mujer se arrojó al Sena; un oficial retirado murió de repente, y un librero se volvió loco.

La agitacion que causó en Paris aquella ejecucion se aumentó con un doble asesinato, el que hacia temer otros.

No en vano se temió una conspiracion en favor del rey. Quientos realistas se habian comprometido y solo asistieron veinticinco; hasta la tentativa fracasó.

Pero uno de ellos quiso vengar en parte la muerte del rey.

Era un antiguo guardia de Corps, nombrado Panis.

Estaba oculto en París y rondaba el palacio real para asesinar al duque de Orleans.

Era el amante de una perfumista, que tenia su tienda en la galería de madera.

Despues de la votacion y de haber leído los nombres de aquellos que habian votado, fué á comer á uno de los *restaurants* subterráneos que habia en el palacio real.

Era de los más nombrados, y se llamaba Febrero.

Vió á un convencional que pagaba el gasto, y oyó decir á uno que pasaba á su lado:

—¡Calla! ¡ese es San-Fargeau!

Entonces recordó que era uno de los que habian votado la muerte del rey, y acercándose á él preguntó:

—¿Sois San-Fargeau?

—Sí; contestó.

—Y á pesar de eso pareceis hombre de bien.

—Como efectivamente lo soy.

—Si fuera así, no hubiérais votado la muerte del rey.

—He obedecido á mi conciencia.

—Toma, yo obedezco á la mia; dijo el guardia atravesándole con el sable.

Jacobo Meroy comia casualmente en la mesa inmediata, de modo que recibió al herido en sus brazos.

Se le trasladó á las habitaciones de los dueños del *restaurant*, pero espiró al ponerle sobre la cama.

—Muerte feliz, exclamó Danton al tener noticia del acontecimiento. ¡Ah! ¡si yo pudiera morir así!

En la narracion de la ejecucion del rey rectifico un error y doy una explicacion.

El famoso redoble de tambor ha sido atribuido á Santerre, pero

no fué así, puesto que salió con el Ayuntamiento del 10 de Agosto, y Henriot le reemplazó con el Ayuntamiento revolucionario.

El hijo de Santerre se ha presentado á mí con las pruebas para esta rectificacion, y yo debo descargar la memoria de Santerre de ese peso.

La explicacion es con respecto á la lucha que sostuvo el rey al pié del cadalso con los ayudantes del verdugo.

El rey no luchó por desesperacion ni deseo de prolongar un momento más su vida: luchó porque no queria tener las manos atadas con cuerdas.

Cuando se le ofreció un pañuelo no puso dificultad.

Sanson, el penúltimo verdugo de este nombre, me ha dado este curioso detalle.